

Carlos Marx y la actualidad

(Artículos
e intervenciones)



Editorial Progreso
Moscú, 1983

Yu. ANDROPOV

**LA DOCTRINA DE CARLOS MARX
Y ALGUNAS CUESTIONES
DE LA EDIFICACION
SOCIALISTA EN LA URSS**

HAN PASADO CIEN AÑOS desde que dejó de latir el corazón del hombre llamado Carlos Marx. Todo un siglo. Un siglo de dramáticas conmociones, de tempestades revolucionarias y de cambios radicales en los destinos de la Humanidad. Un siglo que ha refutado y echado por tierra innumerables conceptos filosóficos, teorías sociales y doctrinas políticas. Un siglo que ha sido testigo de sucesivas victorias del marxismo y de su creciente influjo en la evolución social.

Con el correr del tiempo se hacen más claros el sentido y la magnitud de la proeza que Marx llevó a cabo en su vida.

A lo largo de milenios los hombres buscaban vías para reestructurar la sociedad sobre bases justas y para liberarse de la explotación, la violencia y la miseria material y espiritual. Los mejores cerebros se dedicaban de lleno a las búsquedas de este camino. Los luchadores por la felicidad del pueblo, generación tras generación, sacrificaban su vida en aras de este objetivo. Pero precisamente en la titánica actividad de Marx, el trabajo de un insigne científico se fusionó por primera vez con la práctica de la abnegada lucha del guía y organizador del movimiento revolucionario de las masas.

Marx está considerado, con razón, continuador de todo lo mejor que fue creado por la filosofía clásica alemana, la economía política inglesa y el socialismo utópico francés. Pero tras haber elaborado con sentido crítico sus adelantos, fue mucho más lejos. Ante todo, porque acometió la solución de un problema formulado por él mismo con profundidad y sencillez, como es propio del genio: «Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*»¹. Y a la causa de la transformación revolucionaria del mundo Marx dedicó todo el vigor de su extraordinario genio, toda su vida, hasta el último aliento.

La unidad de la teoría consecuentemente científica con la práctica revolucionaria es un rasgo distintivo del marxismo. La propia obra científica de Marx sólo pudo desplegarse en indisoluble ligazón con la salida indepen-

¹ C. Marx y F. Engels. *Obras*, 2ª ed. en ruso, t. 3, pág. 4.

diente, al escenario político, del proletariado que a la sazón era una clase muy joven desde el punto de vista histórico. A Marx le tocó en suerte ver cómo se hacían realidad sus propias palabras proféticas que dijera siendo joven: «Lo mismo que la filosofía tiene en el proletariado su arma *material*, el proletariado tiene en la filosofía su arma *espiritual*...»².

La filosofía que Marx dio a la clase obrera, marcó un viraje en la historia del pensamiento social. La Humanidad no conocía de sí misma ni una ínfima parte de lo que conoció gracias al marxismo. La teoría de Marx, representada en la integridad orgánica del materialismo dialéctico e histórico, de la economía política y la teoría del comunismo científico, constituyó una auténtica revolución en la mundividencia y, al mismo tiempo, iluminó el camino a profundísimas revoluciones sociales.

Marx reveló las leyes objetivas de la evolución histórica, materiales por su naturaleza; las descubrió allí donde antes todo bien parecía capricho del azar, arbitrariedad de algunos individuos, bien se hacía pasar por la autoexpresión del mítico espíritu universal. Discernió la esencia tras lo aparente, lo imaginario, tras un fenómeno. Arrancó el velo del secreto de la producción capitalista, de la explotación del trabajo por el capital y mostró cómo se crea la plusvalía y quién se apropia de ella.

A estos dos grandiosos descubrimientos de Marx —visión materialista de la historia y teoría de la plusvalía— Federico Engels, su gran amigo y correligionario, les concedía suma importancia. Y no es difícil comprender por qué. Precisamente dichos descubrimientos permitieron transformar el socialismo, de utopía en ciencia, y explicar científicamente la lucha de clases. Precisamente a base de ellos se hizo posible lo que Lenin consideraba principal en la teoría de Marx, esto es, «el haber puesto en claro el papel histórico-universal del proletariado, como creador de la sociedad socialista»³.

Marx fue indiscutiblemente un gran científico. Pero fue también un gran revolucionario práctico. Y es asom-

² Ibidem, t. 1, pág. 428.

³ V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 23, pág. 1.

broso lo que consiguió hacer para alcanzar los objetivos que él mismo señalara.

En colaboración con Engels, Marx fundó la Liga de los Comunistas, primera organización política del proletariado consciente y revolucionario que se conoce en la historia. Así pues, Marx fue el primer comunista en la acepción actual de la palabra, el impulsor de nuestro movimiento que ha adquirido proporciones universales en la época moderna.

«Sólo la alianza internacionalista de la clase obrera puede asegurar su victoria definitiva»⁴ —escribió Marx. Y el propio Marx, fundador de la Primera Internacional, no se daba punto de reposo para forjar la unidad internacional de los obreros. Los legados políticos de Marx y Engels destinados a los comunistas del mundo son inconcebibles sin su ardiente llamamiento «¡Proletarios de todos los países, uníos!»

Internacionalista convencido, Marx sabía comprender como nadie lo específico de la situación en los más diversos países: desde Inglaterra hasta la India, desde Francia hasta China, desde los EE.UU. hasta Irlanda. Analizando detenidamente la vida de determinados pueblos, Marx procuraba en todo momento descubrir sus nexos con la vida del resto de la Humanidad. Y aquí siempre se le planteaba una cuestión de importancia cardinal: ¿Quién comenzará la transformación revolucionaria del sistema capitalista y quién será el primero en emprender el camino hacia el futuro comunista de la Humanidad?

Fue, sin embargo, la historia quien respondió a este interrogante. Al proletariado de Rusia le cupo en suerte abrir nuevos senderos para la revolución. Pero incluso en nuestros días hay «críticos» de la Revolución de Octubre, que afirman que ésta se produjo contrariamente a las esperanzas de Marx. Pretenden hacer creer que descartaba a Rusia en sus previsiones revolucionarias. En realidad, Marx se interesaba vivamente por el acontecer ruso y para comprenderlo mejor estudiaba la lengua rusa. Enemigo irreconciliable del zarismo, Marx apreció con lucidez la perspectiva del movimiento social que se iba le-

⁴ C. Marx y F. Engels, t. 16, pág. 336.

vantando en Rusia y vio gestarse en ella una «grandiosa revolución social»⁵ que tendría proyección universal. Efectivamente, en sus juicios sobre futuros acontecimientos estuvo Marx más acertado que algunos de nuestros actuales «críticos» cuando evalúan hechos pasados.

Engels consideraba que con la muerte de Marx en las filas del proletariado en lucha se había formado un gran vacío. La pérdida era realmente inconmensurable. Pero la bandera de Marx quedó en manos seguras. La portó bien alta el mismo Engels, quien se hallaba al frente del movimiento obrero revolucionario, que iba cobrando fuerza. Además, ya en vida de Engels, salió a la palestra de la lucha de clase del proletariado Vladímir Ilich Lenin.

Lenin fue fiel continuador de la obra de Marx y Engels. El mismo reconocía que no podía tolerar el menor vituperio a sus grandes maestros. Así podía proceder únicamente el hombre que más hizo no sólo para defender, sino también para desarrollar de un modo creativo en nuevas circunstancias históricas todas las partes integrantes del marxismo, para plasmar esa doctrina en la realidad. Elevó el marxismo a una nueva fase, a una fase superior. El nombre de Lenin es inseparable del nombre de Marx. El leninismo es el marxismo de la época del imperialismo y de las revoluciones proletarias, del desmoronamiento del sistema colonial, de la época en que la Humanidad ha iniciado el tránsito del capitalismo al socialismo. En nuestra época, al margen y fuera del leninismo es simplemente imposible que exista marxismo.

Lenin y el Partido Bolchevique fundado por él encabezaron la primera revolución socialista triunfante, que cambió radicalmente la faz sociopolítica del mundo, inaugurando una nueva era, la era de grandiosas realizaciones y conquistas históricas de la clase obrera, de las masas populares. Con ello, el socialismo científico creado por Marx, se fusionó con la práctica viva de millones de trabajadores que construyen una nueva sociedad.

HOY PARA NOSOTROS se revela, con mayor amplitud y profundidad que para los contemporáneos de Marx,

⁵ Ibidem, t. 32, pág. 549.

el riquísimo contenido de su doctrina. Pues una cosa es aceptar la idea de la necesidad histórica del socialismo en su forma teórica, y otra muy distinta ser partícipes y testigos del proceso de materialización de esa idea.

Las vías históricas concretas a seguir para edificar el socialismo no pasaron exactamente por donde suponían los fundadores de nuestra doctrina revolucionaria. Primero triunfó en un solo país, además, no en el más desarrollado económicamente. La cuestión estriba en que la Revolución de Octubre se produjo en condiciones históricas nuevas, que en vida de Marx aún no existían, en la época del imperialismo, lo que se reflejó en la teoría leninista de la revolución socialista, que la vida se ha encargado de confirmar plenamente.

Los ideólogos de la burguesía y el reformismo siguen construyendo hasta hoy sistemas enteros de argumentos en su afán de demostrar que la nueva sociedad creada en la URSS y en otros países hermanos no corresponde al tipo de socialismo que viera Marx. Afirman que la realidad se ha divorciado del ideal. Empero, conscientemente o por desconocimiento, pierden de vista que el propio Marx, al elaborar su doctrina, lo menos que hizo fue guiarse por las demandas de un abstracto ideal de «socialismo» limpio y alisado. Sus nociones del futuro régimen las extrajo del análisis de las contradicciones objetivas de la gran producción capitalista. Precisamente este enfoque, que es el único científico, le permitió determinar correctamente los rasgos fundamentales de la sociedad que debía nacer en las tempestades purificadoras de las revoluciones sociales del siglo XX.

La piedra angular del régimen socioeconómico que sustituye al capitalismo es, según Marx, la propiedad social de los medios de producción. Las tajantes palabras del *Manifiesto del Partido Comunista* subrayan la importancia que el marxismo atribuye a esta necesaria revolución en las relaciones de producción: «...los comunistas pueden resumir su teoría en esta fórmula única: abolición de la propiedad privada»⁶.

⁶ Ibidem, t. 4, pág. 438.

La experiencia histórica del socialismo real muestra que la transformación de lo «mío», propiedad privada, en lo «nuestro», común, no es cosa sencilla. La revolución en las relaciones de propiedad no se reduce en modo alguno a un acto momentáneo, con el cual los medios básicos de producción pasan a ser patrimonio de todo el pueblo. Adquirir el derecho de dueño y ser dueño —auténtico, prudente y celoso— dista mucho de ser lo mismo. El pueblo que ha realizado la revolución socialista debe, durante largo tiempo aún, asimilar su nueva posición de propietario supremo y absoluto de toda la riqueza social, asimilarla desde el punto de vista económico, político y, si lo prefieren, sicológico, formándose una conciencia y conducta colectivistas. Pues únicamente puede considerarse educado en el espíritu socialista aquel que toma muy a pecho tanto los propios éxitos laborales, bienestar y prestigio como los asuntos de sus compañeros de trabajo, del colectivo laboral, los intereses de todo el país y de los trabajadores de todo el mundo.

Al hablar de la transformación de lo «mío» en lo «nuestro», hay que tener en cuenta que es un proceso largo y plurifacético que no se puede simplificar. Hasta cuando se establecen definitivamente las relaciones socialistas de producción, en algunos se conservan e incluso se reproducen hábitos individualistas, el deseo de aprovecharse de otros y de la sociedad. Todo eso, aplicando la terminología de Marx, son consecuencias de la enajenación del trabajo que no desaparecen de la conciencia automáticamente y de improviso, aunque la propia enajenación ya se haya eliminado.

Ahora nosotros sabemos bien todo esto por la práctica de la construcción socialista y comunista. Pero también sabemos otra cosa. Y es que, en plena conformidad con la previsión de Marx, la propiedad social de los medios de producción asentada en distintas formas en todos los países en que han triunfado las revoluciones proletarias se ha convertido en factor básico de la existencia del socialismo, en puntal y fuente principal de su progreso.

A base de la propiedad socialista en nuestro país se ha creado una potente economía que se desarrolla conforme a un plan y que permite plantear y resolver problemas

económicos y sociales grandes por su envergadura y complejos por su contenido. Estas posibilidades nuestras no se realizan por sí solas, claro está. Surgen problemas y serias dificultades. Su origen es distinto, pero nunca está relacionado con la esencia de la propiedad social y colectiva, que ha arraigado y ha demostrado sus ventajas. Por el contrario, una parte considerable de las deficiencias que a veces entorpecen el trabajo normal en distintos sectores de nuestra economía nacional se debe a la infracción de las normas y las demandas de la vida económica, cuya base esencial es la propiedad socialista sobre los medios de producción.

Veamos, por ejemplo, el problema del ahorro y el uso racional de los recursos materiales, financieros y laborales. De su solución depende en buen grado tanto el cumplimiento de las tareas del quinquenio en curso como el desarrollo de nuestra economía en una perspectiva más larga. Si reflexionamos bien en ello, se trata precisamente de cumplir las necesarias normas de administración prescritas por la propiedad socialista, que consisten esencialmente en mostrar una actitud solícita para con el patrimonio de todo el pueblo y multiplicarlo enérgicamente desarrollando la iniciativa. Por la infracción de estas normas se ve obligada a pagar toda la sociedad, y ésta tiene derecho a exigir rigurosamente responsabilidades a quienes por descuido, inhabilidad o interés egoísta despilfarran las riquezas sociales.

Actualmente, nuestras preocupaciones se concentran en mejorar la eficacia de la producción y de toda la economía. El PCUS y el pueblo soviético comprenden muy bien la importancia de este problema. Sin embargo, en cuanto a su solución práctica, la cosa no va como debería ir. ¿Qué lo impide? ¿Por qué no obtenemos el debido rendimiento de nuestras colosales inversiones, por qué la aplicación práctica de los adelantos de la ciencia y la técnica avanza a un ritmo que no nos satisface?

Podríamos, naturalmente, mencionar muchas causas. En primer lugar, no podemos pasar por alto que nuestra labor orientada a perfeccionar y reestructurar el mecanismo económico, las formas y los métodos de gestión ha quedado a la zaga de las exigencias que plantea el

actual nivel del desarrollo técnico-material, social y espiritual de la sociedad soviética. Esta es la causa más importante. Al propio tiempo, inciden sin duda factores como, por ejemplo, el hecho de que en los últimos cuatro años se haya obtenido menos productos agrícolas de lo esperado, así como la necesidad de invertir cada vez mayores medios financieros y materiales en la extracción de materia prima y de recursos de energía y combustibles en las regiones septentrionales y orientales del país.

Se puede volver a repetir la idea básica de Marx de que para acelerar el progreso de las fuerzas productivas hacen falta las correspondientes formas de organización de la vida económica, pero las cosas no avanzarán mientras que esta verdad teórica no se traduzca al lenguaje concreto de la práctica. A primer plano se promueve la tarea de analizar y aplicar consecuentemente medidas capaces de asegurar más amplio campo de acción a las colosales fuerzas creativas que posee nuestra economía. Estas medidas han de estar minuciosamente preparadas y tener un carácter realista, y, por lo tanto, al elaborarlas hay que partir indeclinablemente de las leyes del desarrollo del sistema económico socialista. El carácter objetivo de estas leyes demanda eliminar cualesquiera intentos de administrar la economía por métodos ajenos a su naturaleza. Aquí cabe recordar la advertencia de Lenin sobre el peligro que entraña la ingenua fe de algunos funcionarios de que pueden resolver todos los problemas «mediante disposiciones comunistas»⁷.

Por otro lado, una vez acordadas las medidas imprescindibles y adoptadas las decisiones correspondientes, ya es inadmisibile abandonar el asunto a medio camino. Todo lo decidido ha de ser cumplido. Es una tradición leninista de nuestro partido y sería indigno hacer dejación de ella.

Los intereses de la sociedad en su totalidad es el punto de referencia más importante para potenciar la economía, basada en la propiedad socialista. Pero eso no significa, naturalmente, que en aras de los ideales del bien común el socialismo reprima o haga tabla rasa de los intereses individuales, locales, las demandas especí-

⁷ V. I. Lenin. *O.C.*, t. 44, pág. 173.

ficas de diversos grupos sociales. En modo alguno. «La idea —como destacaban Marx y Engels— ha quedado siempre en ridículo cuando aparecía divorciada del *interés*»⁸. Una de las principales tareas encaminadas a perfeccionar nuestro mecanismo económico consiste, precisamente, en asegurar la exacta consideración de esos intereses y conseguir su óptima combinación con los intereses de todo el pueblo y de ese modo utilizarlos como fuerza motriz para potenciar la economía soviética, elevar su eficiencia y la productividad del trabajo, para robustecer en todos los aspectos el poderío económico y defensivo del Estado soviético.

Para formarse una idea de lo eficiente que es la economía socialista es menester, naturalmente, tomar en consideración no sólo los criterios económicos propiamente dichos, sino también los criterios sociales, teniendo en cuenta el objetivo final de la producción social. En el capitalismo ese objetivo es el beneficio por concepto de capital invertido; en el socialismo, como Marx ha demostrado teóricamente, es el bienestar de los trabajadores, la creación de condiciones para el desarrollo universal del individuo. El socialismo real encarna ese postulado de la doctrina marxista.

En efecto, por polifacéticas que sean las tareas planteadas ante la economía soviética, en resumidas cuentas todas ellas se vienen a fundir en una: garantizar el ascenso del bienestar de los trabajadores, crear las condiciones materiales para su prosperidad espiritual y cultural, así como para su actividad social. Esto determina también el derrotero principal de la política económica del PCUS, que ha quedado plasmada en los documentos de su XXVI Congreso, en el Programa de Alimentos en marcha ya, en las resoluciones del partido sobre cuestiones económicas concretas. Está claro que eso determina mucho, muchísimo, también en nuestro enfoque de cómo ha de racionalizarse e intensificarse la producción. En otros términos, en nuestro país los problemas de la elevación de la eficiencia económica no se resuelven a expensas de los trabajadores, sino en provecho suyo. Eso no hace más

⁸ C. Marx y F. Engels, t. 2, pág. 89.

sencillo nuestro trabajo, pero sí permite realizarlo apoyándonos en las inagotables fuerzas, conocimientos y energía creadora de todo el pueblo soviético.

Marx consideraba que la misión histórica de la formación que había de sustituir al capitalismo, era hacer que el trabajo, de una penosa y forzada obligación, se convirtiese en la primera necesidad vital del hombre. Hoy, gracias a la experiencia sabemos lo mucho que hay que hacer en el largo camino de la materialización de esa idea en toda su magnitud. Pero la meta decisiva ya se ha alcanzado. Se ha terminado con aquella situación, lógica para el capitalismo, en que el producto del trabajo se contraponía al trabajador como una sustancia extraña e incluso hostil, y en que cuanto más fuerzas físicas e intelectuales gasta el obrero tanto más incrementa el poderío de sus opresores. La conquista más grandiosa e indiscutible del socialismo estriba en que se han creado las condiciones que garantizan a cada cual el derecho al trabajo. Precisamente el trabajo consciente, escrupuloso y con iniciativa, el trabajo en bien de la sociedad es considerado en nuestro país la medida máxima de la dignidad y del prestigio social del individuo.

La práctica ha demostrado igualmente que la socialización de los medios y objetos de trabajo son un factor imprescindible y eficaz para formar el ambiente social propio precisamente del socialismo, en el cual el hombre no conoce el deprimente sentimiento de inseguridad por el mañana, en el que reinan el espíritu colectivista y la ayuda mutua de camaradas, la salud moral y el optimismo social. Todo ello en su conjunto significa una calidad, cardinalmente nueva, de la vida de las masas trabajadoras, calidad que en modo alguno se reduce al confort material, sino que lleva en sí toda la gama de una plétórica existencia humana.

Obviamente, todo eso no se consigue al día siguiente de haberse implantado la propiedad social. Por eso no puede ser inmediatamente evaluado como un socialismo «ya hecho», terminado. El cambio en las relaciones de propiedad no puede por sí solo eliminar todos los rasgos negativos de la convivencia humana acumulados durante siglos. Se trata de otra cosa. De que sin ese cambio cual-

quier «modelo» de socialismo, por muy atrayente que sea el ropaje que vista, resultará irrealizable, existirá únicamente en la imaginación de sus creadores. Eso es un axioma del marxismo, y sigue siendo justo hoy, al igual que lo era hace cien años.

LOS DENOMINADOS AXIOMAS del marxismo, en general, hay que tratarlos con mucho cuidado, ya que la incompreensión u olvido de los mismos son duramente castigados por la vida. A costa de muchos esfuerzos e incluso de errores se ha ido comprendiendo, por ejemplo, toda la importancia de las ideas de Marx respecto a la distribución. El insistía que en la primera fase del comunismo cada trabajador «obtiene de la sociedad —después de hechas las obligadas deducciones— exactamente lo que le ha dado», en una palabra, en plena concordancia con la cantidad y la calidad de su trabajo, lo cual corresponde al principio fundamental del socialismo: «de cada cual según su capacidad, a cada cual según su trabajo»⁹. Demócrata y humanista irreprochable, Marx era adversario decidido del igualitarismo, rechazaba categóricamente las digresiones demagógicas o ingenuas, frecuentes también en su tiempo, en las que se presentaba el socialismo, como la «igualdad general» en la distribución y el consumo.

Hoy ya está claro por la práctica y la experiencia de muchos países socialistas no sólo la importancia socioeconómica, sino también el gran significado político de estas apreciaciones hechas por el fundador del comunismo científico. Las relaciones de distribución atañen directamente a los intereses de todos y de cada uno. El carácter de la distribución es, de hecho, uno de los más importantes indicadores del grado de igualdad social posible en el socialismo. Todo intento de superar volitivamente este posible grado, de adelantarse, implantar las formas comunistas de distribución, sin hacer cuenta exacta del aporte laboral de cada uno a la creación de los bienes materiales y espirituales, puede engendrar y engendra fenómenos indeseables.

⁹ Véase Ibidem, t. 19, pág. 18.

Así, con toda certidumbre se reveló la inadmisibilidad de violar la exigencia económica objetiva: la prioridad del aumento de la productividad del trabajo. Sin estrecha ligazón con este factor decisivo, el incremento del salario, que primeramente produce un efecto favorable, a fin de cuentas siempre influye negativamente en toda la vida económica. Tal incremento, entre otras cosas, engendra demandas que no pueden satisfacerse cabalmente bajo un nivel determinado de la producción, impide eliminar el déficit de productos con todas sus consecuencias deformes que suscitan la justa indignación de los trabajadores.

Una correcta solución de los problemas de la distribución en el socialismo presupone, desde luego, cubrir los recursos monetarios de la población con diversos artículos de amplio consumo y los servicios. En este sentido el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas es determinante. Naturalmente, no se puede satisfacer aquellas demandas que superan nuestras posibilidades. Al mismo tiempo nuestra irrevocable obligación ha sido y sigue siendo trabajar en dos vertientes: primero, constante incremento de la producción social y elevación, sobre esta base, de los niveles material y cultural de vida del pueblo; segundo, contribución por todos los medios a la elevación de las demandas materiales y espirituales de los soviéticos.

La completa igualdad social no surge de una vez, ni en su aspecto terminado. Para lograrla la sociedad crece y trabaja durante largo tiempo, venciendo dificultades y desplegando enormes esfuerzos. La sociedad debe desarrollar sus fuerzas productivas hasta que éstas alcancen el nivel de la base técnica y material del comunismo. Debe inculcar a todo trabajador alta conciencia y cultura, profesionalismo, capacidad de utilizar razonablemente los bienes del socialismo.

Mientras no haya tales condiciones, las relaciones de distribución, el estricto control de la medida del trabajo y la medida del consumo deben acaparar la atención del partido que dirige la sociedad socialista. El PCUS se preocupa constantemente por que el principio de distribución socialista, descubierto por Marx, se lleve a la

práctica en todo el país estrictamente y se aplique con la mayor plenitud. De violarse este principio, chocamos con ingresos no provenientes del trabajo, así como con quienes a menudo cambian de empleo, con los ausentistas, los haraganes, los chapuceros, quienes de hecho se convierten en parásitos de la sociedad que viven a costa de los trabajadores concienzudos. Este es un fenómeno intolerable, una especie de parasitismo a expensas del humanitarismo de nuestro régimen.

El trabajo, y solamente el trabajo, su resultado real, y no el subjetivo deseo de alguien o la buena voluntad deben definir el nivel de bienestar de cada ciudadano. Tal enfoque responde plenamente tanto al espíritu como al contenido de la visión marxista respecto a la distribución en el socialismo.

En nuestro país se formó hace tiempo el sistema de estímulo material y moral del trabajo; éste ha servido bien y sigue sirviendo a la lucha por el socialismo y el comunismo. No obstante hoy tanto el propio sistema como sus formas y su aplicación necesitan, evidentemente, seguir perfeccionándose. Es importante no sólo que el buen trabajo sea bien remunerado y obtenga el digno reconocimiento de la sociedad. Es preciso que la práctica del estímulo material y moral, en combinación con la ejemplar organización del trabajo, mantenga y desarrolle en los hombres la conciencia de que sus esfuerzos y lo que producen son útiles y necesarios; que la misma práctica afirme, en resumidas cuentas, el sentimiento de su coparticipación en los asuntos y planes de la colectividad, de todo el pueblo. Este sentimiento moviliza y disciplina más que todas las persuasiones o llamamientos.

Perfeccionando las relaciones de distribución, es preciso considerar todo el conjunto de relaciones mutuas durante el proceso laboral. ¿Qué se tiene en cuenta aquí en primer término? Que en todos los sectores de la economía se robustecen consecuentemente, utilizando las palabras de Marx, «el arreglo y el orden», formas que consideraba propias del «fortalecimiento social de dicho modo de producción»¹⁰. En esta labor no puede haber

¹⁰ Véase *Ibidem*, t. 25, parte II, pág. 356.

métodos de ordeno y mando, no puede haber alboroto ni sustitución de hechos por palabrería. Poco ha de lograr el dirigente que no comprenda esto, que procure suplantar los esfuerzos organizadores, sistemáticos y tenaces, por campañas efectistas, pero ineficaces. El sentido de los esfuerzos que emprende el partido por mejorar la gestión administrativa, por elevar la organización, la diligencia, la disciplina estatal y laboral, el estricto cumplimiento de los planes, consiste no sólo en librarse de ciertos defectos y dificultades, lo cual tiene suma importancia de por sí, sino en fortalecer aún más, en definitiva, las bases en que descansa el modo socialista de vida.

Naturalmente, el partido arranca de las condiciones reales de dirección del trabajo existentes en la actual etapa de desarrollo de la sociedad soviética. Por el momento, estas condiciones son tales que la ley económica considerada por Marx como la primera ley sobre la base de la producción colectiva, la ley del ahorro del tiempo de trabajo, todavía no opera cabalmente en nuestro país. Eso se debe en grado considerable al gran número de trabajos físicos pesados, poco interesantes, rutinarios, al ritmo lento de su mecanización, y con mayor motivo, de su automatización.

Entretanto, basta imaginarse la aguda escasez de mano de obra y la situación demográfica en el país para ver con claridad lo económicamente inadmisibile que es seguir manteniendo considerable parte del trabajo no mecanizado, manual, que sólo en la industria alcanza el 40%. Por esto se plantea hoy con tal apremio el problema de acelerar por todos los medios el ritmo del progreso tecnocientífico, de utilizar más activamente sus adelantos y, ante todo, en aquellos sectores donde los insumos laborales son especialmente grandes. Existe la base para conseguirlo. Es el alto nivel de desarrollo de la economía socialista. Es la experiencia profesional y la calificación de la clase obrera soviética. Es la existencia de competentes especialistas y dirigentes de la economía nacional, el formidable potencial intelectual y científico, cuya fuerza productiva en las presentes condiciones se hace siempre más considerable. La tarea consiste en utilizar mejor y más rápidamente todas nuestras posibilidades y elevar

el esmero en el trabajo y en la organización de la producción.

Debemos ocuparnos perseverantemente del cumplimiento de las tareas de mecanizar y automatizar la producción, teniendo también en cuenta su alcance sociopolítico. Pues, el hombre liberado del trabajo manual, pesado y agotador, por regla general muestra mayor iniciativa y responsabilidad por la tarea encomendada. Obtiene posibilidades complementarias de estudiar y descansar, de participar en la actividad social y la gestión de la producción. De tal modo, puede ejercer más plenamente sus derechos democráticos y políticos, que la revolución socialista otorgó a los trabajadores, los derechos de dueños absolutos de su sociedad, de su Estado.

MUCHO ANTES de que comenzara a formarse la sociedad que viene a sustituir al capitalismo, Marx reveló la esencia de las formas políticas de su vida. Ya en el *Manifiesto del Partido Comunista* se consignó que el «primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia»¹¹. Es inconcebible que el socialismo se afiance sin un firme poder político, cuyo contenido de clase Marx definió con el concepto de «dictadura del proletariado». Conforme a la teoría de Marx, precisamente la dictadura del proletariado abre el camino de desarrollo político que, en resumidas cuentas, conduce a la autogestión social comunista.

¿Qué relación guarda la viva historia del socialismo con estos pronósticos marxistas?

En nuestro país —como, por cierto, en todas partes donde el poder pasó a manos de la clase obrera, de los trabajadores—, eso significó el triunfo de la democracia en la acepción más literal y exacta de la palabra, la verdadera victoria del poder del pueblo. Por fin, los trabajadores adquirieron derechos y libertades que el capitalismo siempre les había negado y niega, si no formalmente, en esencia.

¹¹ Ibidem, t. 4, pág. 446.

La democracia soviética, que tropezó con la encarnizada resistencia de la contrarrevolución interna y externa, se fue abriendo paso honestamente, sin encubrir su carácter de clase, no vacilando en legitimar los privilegios de los trabajadores respecto a las clases explotadoras que se oponían al nuevo régimen. Por su naturaleza es y será siempre una democracia que garantiza los más amplios derechos de los trabajadores y defiende sus intereses, que está dispuesta a llamar al orden a quienes atenten contra las conquistas socialistas del pueblo.

En el curso de la construcción de la nueva sociedad se enriquece el contenido de la democracia socialista, desaparecen las limitaciones históricamente condicionadas, se diversifican las formas de ejercicio del poder popular. Este proceso se despliega en estrecha relación con el desarrollo de la estatalidad socialista que está experimentando cambios cualitativos. El más importante de ellos es la transformación del Estado de la dictadura del proletariado en Estado de todo el pueblo. Este cambio, que reviste enorme importancia para el sistema político del socialismo, ha quedado reflejado en la Constitución de la URSS, aprobada por todo el pueblo en 1977, que sienta la base legislativa para profundizar la democracia socialista.

No idealizamos lo que hemos hecho y hacemos en nuestro país en este ámbito. La democracia soviética ha tenido, tiene y tendrá, es de suponer, las dificultades propias del desarrollo, condicionadas por las posibilidades materiales de la sociedad, por el nivel de conciencia de las masas y de su cultura política, y también por el hecho de que nuestra sociedad no se desarrolla en condiciones de invernáculo, aislada de un mundo que nos es hostil, sino bajo los fríos vientos de la «guerra psicológica» desatada por el imperialismo. El perfeccionamiento de nuestra democracia pasa por eliminar la excesiva «burocratización» y el formalismo, todo cuanto impide y entorpece la iniciativa de las masas y encorseta el pensamiento creador y la obra viva de los trabajadores. Hemos combatido y combatiremos con mayor energía y tesón tales fenómenos.

En ocasiones se puede escuchar que la faz actual de la

estatalidad y la democracia socialistas no corresponde a la perspectiva de la autogestión comunista, indicada por Marx. La trayectoria que hemos recorrido y la experiencia que hemos acumulado atestiguan, empero, lo contrario.

Marx decía, por ejemplo, que dirigiría la nueva sociedad el «pueblo organizado en comunas», que la esencia del nuevo poder sería «un Gobierno del pueblo por el pueblo»¹². Sabido es que dichas ideas le fueron sugeridas por la vida, por la heroica experiencia de los comuneros de París. Sin embargo, no contenían más que una indicación muy general sobre un objetivo lejano. Sólo la obra revolucionaria de las propias masas podía concretar las vías para aproximarse a dicho objetivo. Y ya en vísperas de la Gran Revolución de Octubre esta obra ofreció elementos de juicio que permitieron a Lenin trazar medidas concretas para materializar las fórmulas de Marx en el contexto de nuestro país: «... *el pueblo* unido por los Soviets, he aquí quien debe dirigir el Estado»¹³.

Un pueblo que no conoce otro poder que el de su propia unión, esta idea de Marx, Engels y Lenin encarna en la actividad de los Soviets, que engloban la legislación, la administración y el control. Se expresa en la labor de los sindicatos y de otras organizaciones sociales, en la vida de los colectivos laborales y en el desarrollo de todo el sistema político de nuestra sociedad. Y la cuestión no consiste en hallar la diferencia entre esta idea y el ideal de la autogestión comunista. Podríamos señalar muchas de estas diferencias en virtud de la histórica distancia que nos separa de la segunda fase del comunismo. Es mucho más importante el hecho de que este sistema funciona y se perfecciona hallando nuevas formas y métodos en el desarrollo de la democracia, en la ampliación de los derechos y las posibilidades administrativas del obrero en la producción y en toda la práctica sociopolítica: desde las comisiones de diputados y el control popular hasta las asambleas permanentes de producción. Esta es la auténtica autogestión socialista del pueblo, que se desarrolla durante la construcción del comunismo.

¹² Ibidem, t. 17, págs. 344, 350.

¹³ V. I. Lenin. *O.C.*, t. 31, pág. 188.

Requiere atención y generalización especial la experiencia de nuestro desarrollo democrático a tenor con la nueva Constitución de la URSS. Esto, en primer lugar, se refiere a la activación y al uso más amplio de la iniciativa local, a la incorporación más orgánica de todos los colectivos laborales a nuestra labor estatal. En los últimos años se han ampliado considerablemente los poderes de los Soviets locales en cuanto a las empresas, instituciones y organizaciones ubicadas en su territorio. Las posibilidades de los Soviets distritales, regionales, territoriales y de república (RSSA) aumentarán asimismo durante la realización de la resolución del Pleno de mayo (1982) del CC del PCUS sobre la creación de agrupaciones agroindustriales a ellos subordinadas. De esta manera aumenta el papel que desempeñan los órganos representativos en la materialización de la principal función del Estado socialista, la económico-organizativa. Cabe señalar asimismo la brigada de autogestión económica como forma primaria de administrar la producción hallada por las propias masas.

Nos es ajena, claro está, la interpretación de la autogestión que tienda al anarcosindicalismo, a la división de la sociedad en corporaciones competidoras independientes, a la democracia sin disciplina y a la comprensión de los derechos sin obligaciones. El centralismo democrático es un principio probado en la organización de toda la vida de la sociedad socialista que permite combinar acertadamente la libre creación de las masas con las ventajas del sistema único de dirección, planificación y administración científicas.

El régimen socialista transforma la realización de los derechos y obligaciones colectivos de los trabajadores en el principal móvil del progreso social, con la particularidad de que de ninguna manera quedan preteridos los intereses del hombre. Nuestra Constitución concede al ciudadano soviético amplios derechos y libertades y, al mismo tiempo, hace resaltar la prioridad de los intereses sociales, el servicio a los cuales es la manifestación suprema de civismo.

En nuestro país se liquidó el abismo —que existe en el capitalismo— entre los intereses del Estado y los del

ciudadano. Pero, lamentablemente todavía hay quien trata de contraponer sus intereses egoístas a la sociedad, a otros miembros de la misma. A la luz de esto se pone de manifiesto cuán necesarios son el trabajo de educación —y a veces de reeducación de algunas personas—, la lucha contra los atentados al orden jurídico socialista, a las normas de nuestra convivencia colectivista. Ello no significa «pisotear los derechos humanos», como machaca hipócritamente la propaganda burguesa, sino el humanitarismo y la democracia más reales que significan la gestión por voluntad de la mayoría, en bien de todos los trabajadores.

El PCUS pone por encima de todo los intereses del pueblo, los intereses de la sociedad en su conjunto. Presta constante atención a crear las condiciones para que se manifiesten libremente la actividad creadora de los trabajadores y su dinamismo social, para que las empresas industriales, los sovjoses y los koljoses gocen de mayor autonomía. Esta iniciativa, este dinamismo social son una manifestación del carácter realista de los planes del partido, del crecimiento de su fuerza, en definitivas cuentas, una garantía de que el programa de construcción del comunismo será cumplido.

Siendo el partido el núcleo del sistema político de la sociedad soviética, él mismo da ejemplo de organización democrática de toda su actividad: elabora y desarrolla los principios democráticos que pasan a todas las esferas de nuestra vida socialista. Es una importantísima manifestación del papel rector del partido en la vida de la sociedad, de su inspiradora influencia en las masas.

EN SU TIEMPO, al analizar el enfoque metodológico que Marx utilizaba para establecer los rasgos fundamentales de la nueva sociedad, Lenin escribió: «Marx no intenta, ni por lo más remoto, fabricar utopías, hacer conjeturas vanas acerca de cosas que es imposible conocer... En vez de definiciones escolásticas, artificiales e 'inventadas' y de disputas estériles acerca de las palabras (qué es el socialismo, qué es el comunismo), Marx hace un análisis de lo que podríamos denominar grados de madu-

rez económica del comunismo»¹⁴. Como se sabe, precisamente a base de tal análisis Marx creó su teoría de las dos fases de desarrollo de la formación comunista única, teoría de la que están pertrechados el PCUS y otros partidos hermanos. Precisamente sobre esta base, al generalizar la nueva experiencia histórica, Lenin desarrolló en todos sus aspectos la teoría de la construcción del socialismo y el comunismo. De estos postulados partimos también hoy, al solucionar uno de los problemas más difíciles, en opinión de Marx, Engels y Lenin, que es el de las formas concretas de transición al comunismo.

Los rasgos fundamentales de la sociedad soviética contemporánea han encontrado su exponente en el concepto del socialismo desarrollado. En él se muestra con evidencia la unidad dialéctica de los éxitos reales en la construcción socialista, en el cumplimiento de muchas tareas económicas, sociales y culturales de la primera fase del comunismo, así como de los robustos brotes del porvenir comunista y los problemas todavía no resueltos, que nos ha legado el pasado. Eso significa que se necesita cierto tiempo para acercar la retaguardia alejada, y seguir avanzando. Debemos tener una idea exacta de dónde nos encontramos. Adelantarse quiere decir plantear tareas irrealizables; detenerse en lo alcanzado significa no aprovechar todo lo que tenemos. Hoy es preciso ver nuestra sociedad en su dinámica real, con todas sus posibilidades y necesidades.

El XXVI Congreso del PCUS situó en primer plano la elaboración del concepto del socialismo desarrollado entre todo lo realizado durante los últimos años en el campo de la teoría marxista-leninista. Apoyándose en ese concepto, el partido definió su estrategia y táctica para los próximos años y para una perspectiva más lejana, previno contra las posibles exageraciones al evaluar el grado de aproximación del país a la fase superior del comunismo. Todo ello permitió precisar y concretar las vías y los plazos para materializar nuestros objetivos programáticos.

En las últimas décadas del siglo XX ante el partido y

¹⁴ Ibidem, t. 33, págs. 85, 98.

el pueblo se plantean tareas de gran alcance. En su conjunto dichas tareas se circunscriben a lo que podría llamarse perfeccionamiento del socialismo desarrollado, en el curso de lo cual tendrá lugar la transición gradual al comunismo. Nuestro país se encuentra en los comienzos de esa larga fase histórica, la cual, a su vez, tendrá, naturalmente, sus períodos, sus jalones de crecimiento. Cuál será la duración de los mismos, qué formas concretas adquirirán sólo lo mostrarán la experiencia, la práctica. Pero uno de los más importantes, por decirlo así, puntos de referencia cualitativos en ese camino lo señaló claramente el XXVI Congreso del partido, planteando la tesis de la formación, en lo fundamental y esencial, de la estructura de una sociedad sin clases en el marco histórico del socialismo desarrollado.

Es característico que esta conclusión, hecha sobre la base de la práctica real, está en consonancia con la idea que tenía Marx del socialismo como sociedad que no conoce diferencias clasistas¹⁵. He aquí, dicho sea de paso, una confirmación más de que de la autenticidad de las opiniones de Marx debe juzgarse no sólo partiendo de la experiencia de algunas décadas pretéritas, sino que debe evaluarse igualmente desde la óptica de una perspectiva más larga.

Hoy día actúa correctamente quien, al plantearse la pregunta «¿qué es el socialismo?», busca la respuesta sobre todo en las obras de Marx, Engels y Lenin. Sin embargo, hoy no hay que limitarse sólo a ello. En la actualidad el concepto de «socialismo» sólo puede ser esclarecido teniendo en cuenta la riquísima experiencia acumulada por los pueblos de la Unión Soviética y de otros países hermanos. Esta experiencia muestra cuán complejos son muchos problemas que se plantean en el camino de la edificación socialista. Pero esta experiencia atestigua también que únicamente el socialismo es capaz de resolver los más complejos problemas de la vida social.

Precisamente el socialismo elimina las barreras seculares que separaban el trabajo y la cultura, crea una alianza muy sólida de obreros, campesinos e intelectuales, de

¹⁵ Véase C. Marx y F. Engels, t. 19, pág. 19.

todos los trabajadores que realizan labores físicas e intelectuales, alianza en la que el papel dirigente lo desempeña la clase obrera. Incorpora a las masas trabajadoras a los logros de la ciencia y la técnica, de la literatura y el arte, garantiza un reconocimiento social sin parangón de la actividad creadora desarrollada por los intelectuales. Precisamente el socialismo forma una familia bien compenetrada de pueblos que anteriormente estaban separados por la discordia nacional, garantiza una justa solución del problema de las nacionalidades, engendrado por el régimen explotador. Precisamente el socialismo, contribuyendo al florecimiento de las formas nacionales de vida, forma también un nuevo tipo de relaciones internacionales e interestatales que excluyen toda clase de desigualdad y se basan en la fraternal cooperación y ayuda mutua.

Cuando finaliza el período de transición del capitalismo al socialismo, cuando se consolida el nuevo modo de vida, el modo socialista, se superan las más graves colisiones sociales, las cuales, a fin de cuentas, son producto de la división de la sociedad en clases hostiles. Sin embargo, esta conclusión nada tiene de común con la noción simplista y políticamente ingenua de que el socialismo, supuestamente, acaba con todas las contradicciones y discrepancias, con todos los trastornos de la vida. De paso sea dicho, esta noción la explotan a su manera nuestros adversarios ideológicos, cuando procuran denigrar el nuevo régimen, indicando que también en este sistema hay dificultades, desilusiones y una lucha, difícil a veces, entre lo nuevo y lo viejo.

Es cierto, tenemos contradicciones y dificultades. Pensar que es posible otro camino para el desarrollo, significa apartarse de las realidades seguras, aunque duras a veces, romper con el abecé de la dialéctica marxista. En el aspecto teórico, este problema lo aclaró Lenin partiendo de la doctrina de Marx. «Antagonismo y contradicción —escribió— no son lo mismo. El primero desaparecerá y la segunda seguirá existiendo en el socialismo»¹⁶. Este postulado se ha confirmado en la práctica. De ello, sin

¹⁶ *Recopilación Leninista XI*, pág. 357.

embargo, no se desprende que se puede menospreciar las contradicciones no antagónicas y subestimarlas en la política. La vida enseña que si no se toman en cuenta contradicciones que por su naturaleza no son antagónicas, pueden engendrarse graves colisiones. Otro aspecto importante del asunto consiste en utilizar correctamente las contradicciones del socialismo como fuente y estímulo de su desarrollo ascendente.

Nuestra experiencia muestra que la edificación socialista avanza exitosamente si la política del partido comunista gobernante se apoya sobre una sólida base científica. Toda subestimación del papel de la ciencia marxista-leninista y de su desarrollo creador, la estrecha interpretación pragmática de sus tareas, el menosprecio de los problemas fundamentales de la teoría, el predominio de un enfoque coyuntural o la teorización escolástica están preñados de graves consecuencias políticas e ideológicas. La experiencia y la práctica han confirmado reiteradamente la justedad de la tesis leniniana de que «quien aborde los problemas particulares sin antes resolver los generales, fatalmente ‘tropezará’ a cada paso con estos problemas, sin tener conciencia de ello. Y tropezar ciegamente con ellos en cada caso particular equivale a condenar la política propia a las peores vacilaciones y falta de principios»¹⁷.

El PCUS atribuye mucha importancia a desarrollar la teoría del marxismo-leninismo, como lo exige la propia esencia creadora de esta doctrina. Ello tiene vital importancia para el cumplimiento de nuestras tareas prácticas. Por ejemplo, sentimos cada vez más la necesidad de efectuar serias investigaciones en el campo de la economía política del socialismo. También en este dominio, *El Capital* de Marx constituye para nuestra ciencia un imperecedero ejemplo de honda penetración en la esencia de la vida económica.

La multiforme experiencia de los fraternos países socialistas, que no coincide en todos sus aspectos, proporciona un inmenso material para la intelección teórica. En relación con ello conviene recordar las palabras leni-

¹⁷ V. I. Lenin. *O.C.*, t. 15, pág. 368.

nianas de que «solo mediante una serie de intentos —cada uno de los cuales, tomado por separado, será unilateral, adolecerá de cierta falta de correspondencia— se creará el socialismo íntegro con la colaboración revolucionaria de los proletarios de *todos* los países»¹⁸. En nuestros días, esta tarea se lleva a la práctica en extensos espacios del globo terráqueo, en el marco del sistema mundial del socialismo, que devino un factor decisivo del progreso social de la Humanidad. Además, se materializa por el cauce de los principios que predijera Marx.

LENIN DECIA A MENUDO que en toda su actividad se orientaba siempre por la obra de Marx. Y el PCUS, en su labor, se orienta siempre por Marx, Engels y Lenin.

Guiarse por Marx y por el marxismo-leninismo no significa, ni mucho menos, aplicar mecánicamente a la vida en desarrollo fórmulas hechas. Seríamos malos seguidores de nuestros preceptores si nos contentáramos con repetir las verdades descubiertas por ellos y confiáramos en la fuerza mágica de las citas aprendidas.

El marxismo no es un dogma, sino una viva guía para la acción y el trabajo independiente en aquellas complicadas tareas que cada nuevo viraje de la historia nos plantea. Y para no rezagarse de la vida, los comunistas deben impulsar y enriquecer la teoría de Marx en todas las direcciones, aplicar en la práctica con espíritu creativo el método de la dialéctica materialista, elaborado por él, llamado con razón alma viva del marxismo. Solamente tal actitud hacia nuestra inestimable herencia ideológica —actitud de la que Lenin fue ejemplo—, solamente esta constante autorrenovación de la teoría revolucionaria bajo la influencia de la práctica revolucionaria hace del marxismo verdadera ciencia y arte de la creatividad revolucionaria. En ello reside el secreto de la fuerza del marxismo-leninismo y de su inmarchitable lozanía.

A veces se oye decir que los nuevos fenómenos que se

¹⁸ Ibidem, t. 36, pág. 306.

dan en la vida social «no se insertan» en el concepto de marxismo-leninismo, se pretende que esta teoría atraviesa una «crisis» y hay que «revitalizarla» mediante el influjo de ideas extraídas de la sociología, la filosofía o la politología occidentales. Pero no se trata de la imaginaria «crisis» del marxismo, ni mucho menos. Trátase de la incapacidad de algunos teóricos, que se autodenominan marxistas, de ponerse a la verdadera altura del pensamiento teórico de Marx, Engels y Lenin, así como de la incapacidad de aplicar el inmenso potencial intelectual de la teoría de éstos al proceso de estudio concreto de cuestiones concretas. No está de más agregar que numerosos teóricos burgueses en la esfera de la filosofía, la sociología y la economía política cobraron fama —las más de las veces— dedicándose a volver del revés, a su manera, a las ideas marxistas.

No es propio de los comunistas dejarse seducir por la rimbombante fraseología de toda una serie de «mejoradores» de Marx ni aferrarse a lo fabricado por la ciencia burguesa. Sin embargo, para comprender y resolver nuevos problemas hay que cuidarse de no erosionar la teoría marxista-leninista, sino al contrario, es necesario luchar por su pureza y desarrollarla con espíritu creativo. Solamente este enfoque responde a las tradiciones y al espíritu de nuestra teoría, a las necesidades del movimiento comunista.

Los comunistas soviéticos nos sentimos orgullosos de pertenecer a la más influyente corriente ideológica en toda la historia de la civilización mundial: el marxismo-leninismo. Abierto a todo lo que tiene de mejor y de avanzado la ciencia y la cultura contemporáneas, hoy el marxismo-leninismo se encuentra en el centro de la vida espiritual del mundo y domina la mente de millones de seres humanos. Es el credo ideológico de la clase ascendente que libera a toda la Humanidad. Es la filosofía del optimismo social, la filosofía del presente y del porvenir.

Hoy se ha recorrido un gran trecho del camino que conduce a la renovación social del mundo y a la materialización de los objetivos e ideales revolucionarios de la clase obrera. El mapa político del mundo ofrece nuevos aspectos. La ciencia ha hecho importantísimos descubrimien-

tos y son asombrosos los adelantos de la técnica. Al mismo tiempo, la Humanidad encara muchas preocupaciones nuevas, incluidas algunas nada fáciles. Es fundada la inquietud de la Humanidad con motivo de haberse agravado los problemas de las materias primas, el energético, el de los alimentos, el ecológico y otros de carácter global. Y lo principal que hoy inquieta a los pueblos, es la necesidad de mantener la paz y de prevenir una hecatombe termonuclear. En el plano internacional, para nuestro partido, el Estado soviético y todos los pueblos del planeta no hay otra tarea más importante.

La colosal tarea en cuyo cumplimiento están enfrascadas hoy la teoría del marxismo-leninismo y la práctica de la lucha por el progreso de la Humanidad, es la de entender todas las complejidades que vive el mundo contemporáneo, de organizar y orientar la creatividad socio-histórica revolucionaria de la clase obrera, de todos los trabajadores. La tarea de explicar y de transformar el mundo, que Marx se planteó a sí mismo, a sus correligionarios ideológicos y políticos y a sus continuadores.

La revista *Kommunist*, 1983, núm. 3.

B. PONOMARIOV,

miembro suplente del Buró Político
y secretario del CC del PCUS

LA DOCTRINA DE MARX, GUIA PARA LA ACCION

Informe en el solemne
acto con motivo del 165
aniversario del nacimiento
y el centenario de la muerte
de Carlos Marx
(Moscú, 30 de marzo de 1983)

Nos separa un lapso bastante grande de los tiempos en que Carlos Marx creó la doctrina que había de inmortalizar su nombre. Vivimos en una época que, como previera Lenin, ha dado los mayores triunfos a esta doctrina. Ante nuestros ojos se han operado y se operan grandiosas transformaciones revolucionarias. Han cambiado radicalmente la naturaleza social y de clase de numerosos Estados, las condiciones y el modo de vida de la mayoría de los pueblos. La Humanidad nunca había conocido cambios de tales proporciones.

En el siglo XX recorrió el planeta el torbellino de fuego de dos guerras mundiales. Pero el siglo XX es el siglo de la Gran Revolución Socialista de Octubre que acabó con un régimen en que una clase dominante sucedía a otra, pero perduraban la explotación y la opresión. La evolución de la sociedad humana viró en redondo hacia el socialismo que suprime para siempre la explotación y la opresión, el poder de una minoría sobre la mayoría. El socialismo ha mostrado su fuerza imbatible en crueles choques con el imperialismo que pretendía dar marcha atrás a la historia. Tras haber derrotado al fascismo germano y al militarismo nipón, el primer país del socia-